
DISCURSO VIII.

Sobre el mismo asunto.

Parati sumur mori, magis quam patrias Dei leges, prevaricari.

(II. Mach., cap. VII, v. 2.)

Redemptionem misit populo suo.

Envió la redención á su pueblo.

(David, salmo cx, v. 8.)

GRANDEZA, majestad y poderío llama el mundo á lo que solo es en la presencia de Dios vanidad de vanidades y aficcion de espíritu: de grandes y extraordinarios acontecimientos califican los pueblos esos sucesos inesperados y fecundos en circunstancias que son ante el aliento de la verdad eterna lo que es la débil llamarada de una luz al soplo de un cierzo turbulento: industria, civilizacion y cultura proclama el hombre á ese torrente borrascoso y sin límites de la ambicion humana, que no es más que la tan breve como espinosa carrera que recorren las generaciones desde el centro de la cuna hasta el fondo de la incomprendible eternidad: sentimientos magnánimos, aborto de imaginaciones sublimes, dice la criatura que son esas pasiones vergonzosas que aletargan la mente, corrompen el corazon y precipitan el alma. La verdadera grandeza es Dios; y su majestad y poderío solo podemos vislumbrarlos á los luminosos reflejos de la fe. El acontecimiento más inaudito en la historia de todo lo sucedido, es la salvacion del universo; la civilizacion única se apoya en el conocimiento y observancia de la ley evangélica; y el sentimiento más magnánimo y la pasion más heróica estriban en el sentimiento religioso y en la invencible constancia para sostenerle y para propagarle.

Aparece Roma representando en el gran teatro del mundo el

papel de una Emperatriz orgullosa y soberbia, y asienta sobre un trono fabricado de cien tronos; empuña un cetro cuya materia es el oro fundido de cien cetros, y ciñe una corona, si es de Reina, indisputable, y si es de conquistadora, inmarcesible; pero la gloria romana se desvanece como una sombra; su Capitolio y sus alcázares se hunden como si estuvieran edificados sobre la superficie de las aguas: Roma gentil dejará de ser; su desventura y oprobio surgirá de lo mismo en que ella soñaba su felicidad, y encontrará la muerte donde pensaba acaso inmortalizar su vida.

Cartago, que rivaliza y sorprende á la señora de la tierra, que rasga de parte á parte el estandarte de sus victorias, y que arranca con la espada de sus valientes lo que aquella adquiriera con la influencia de sus Césares, de sus cónsules y de sus tribunos, retrocede y cae, se debilita y sucumbe, y el espíritu de la mentira cede el campo y los trofeos al genio colosal que viene apoderándose del mundo, que es el espíritu de la verdad.

La culta Grecia pasma á los hombres con sus adelantos, asombra con el esplendor de sus riquezas, y los nombres de sus sabios déjanse ver en sus asambleas y areópagos, como refulgentes astros que, partiendo luminosos desde el disco del sol, van á situarse para presidir, sin eclipse sobre las cúpulas del templo de la inmortalidad; pero ¡ay señores! Grecia acompañará en su suerte á Roma y á Cartago: su sabiduria se convertirá en un caos, sus lumbreras perderán su luz, y el cadáver del mundo antiguo, muerto por las heridas que abriera en sus entrañas la gentilidad, no volverá á vivir ni adquirirá movimiento nuevo é inalterable, hasta que sople sobre su yerta frente el sentimiento religioso del Cristianismo.

¿Y nuestra España, cristianos? Nuestra España seguirá un rumbo diferente al de aquellas naciones que, empezando á construir sobre cimientos débiles, no pudieron concluir de edificar; y que se aprestaron al combate con ejércitos bisonos y limitados, para quedar ignominiosamente derrotados por el Salvador de los hombres, cuya bandera es la Cruz y cuyos ejércitos son aguerridos é innumerables. Nuestra nacion, mientras se llame Hesperia ó Celtiberia, será humilde, correrá entre el vaiven de encontradas ambiciones la misma fortuna que corre un bajel azotado por las olas del profundo y por los vientos de la tempestad; pero cuando quiera llamarse España, y España cristiana católica, apostólica, romana, esta unidad de creencias la hará sabia para engrandecerse é intrépida para dilatarse; conservará y reconquistará su independencia, mientras atribuya, como debe, á la Religion sus

conquistas y apogeo; y solo separándose de ella ó mirándola con desden y menosprecio, podrá temer que la acechen y despedacen sórdidamente codiciosas naciones extranjeras. Y ¡ojalá que lo último que acabo de decir no llegue á realizarse en nuestros dias!

Nuestra España, señores, animada con la savia de la fe, pertenece á Jesucristo, estampa en sus pendones el signo de la Redencion, se acoje en sus infortunios bajo el manto, y sella y propaga sus empresas á la invocacion del nombre de su Madre: España pertenece tambien á Maria por adopcion: Maria es la única Madre de los españoles; por eso cuando los vé en peligro los defiende, cuando los vé afligidos los consuela, cuando los vé miserablemente cautivos abre los tesoros de su corazon y envia en su patrocinio y su ternura la libertad suspirada de su pueblo. *Redemptionem misit populo suo*. Digámoslo de una vez. *El pueblo español, cautivo por la defensa de su fe: Maria de las Mercedes, Redentora del pueblo español*. Asunto de mi discurso y de vuestra religiosa consideracion.

Imploremos la misericordia de Dios y la asistencia del Espiritu divino, dándole gracias por los beneficios que nos ha dispensado, é invoquemos para conseguir las el nombre de la Reina y Señora de todo lo criado, diciéndola de lo íntimo de nuestro corazon:

Ave Maria.

Los extravios de los pueblos hacen pesar sobre la cabeza de los Reyes la cólera del cielo; el desenfreno y los pecados de los soberanos dan por resultado el verse los pueblos afligidos y abrumados bajo el terrible yugo de la indignacion divina. España, marcada favorablemente desde sus primeros tiempos con el dedo de la Divina Providencia, presenta en sus anales algunas páginas escritas con caracteres de sangre, que si bien en el reverso ofrecen un campo sembrado de laureles y un firmamento tachonado, en vez de estrellas, con las brillantes aureolas de los triunfos, no por eso dejan de recordar los infaustos nombres de un Rey que en las revueltas olas del soberbio Guadalete sepultó, con su manto y su diadema, la libertad de sus infortunados vasallos: de un noble en el título, pero cuyo ruin corazon derramó, envuelta en la traicion más inicua, la amarguísima cicuta de una detestable esclavitud en el corazon de sus conciudadanos. Lo que al miserable don Rodrigo proporcionara un momento de placer, ocasionó á los pobres hijos de la patria de Recaredo años sin término de dolor

y desconsuelo, que sólo pudo hacer sufribles la Religion con su verdad y su esperanza.

Un crimen perpetrado sobre el Trono, hizo que la corona se derrumbara de las femeniles, impuras sienas que la ceñian; y su caída abrió en el seno de una nacion tan amante de su Dios como de sus señores, una herida que solo podia detener el cauterio del sufrimiento, y que solo podia cicatrizar el bálsamo de la fe. España se vió en un momento sin cetro que la dirigiese, sin baluartes que la resguardasen y sin soldados que la defendiesen. Un viento glacial que soplaba en las costas de África helaba el valor en el alma de los discípulos de Santiago, y aumentando insensiblemente, segaba entre las fauces del español el postrer aliento de su vida, á la manera que siega el huracan el lánguido tallo de una palmera: la espada del último godo habíase hecho pedazos al chocar con el alfanje del primero de los hijos de Mahoma que pisó nuestro continente, y la independencia de los defensores de la Cruz lloraba oprimida con las férreas cadenas que la impusieran los seguidores del Corán.

Un puñado de víctimas huía, como rebaño de asustadas ovejas, á esconder su dolor y su deshonra entre los escarpados montes, á tiempo que una falanje innumerable de verdugos desplegaba sus huestes por los campos de la hermosa Andalucia, atravesaba los llanos de Castilla, colocaba sus tiendas en las cumbres de los montes de Aragon, y los alcázares se trocaron en mazmorras, los templos en mezquitas, el señorío en vasallaje, la independencia en servidumbre, y el mahometismo y la infidelidad atentaron, al mismo tiempo que contra la vida y las riquezas españolas, contra la fe y la Religion. Pero es en vano, católicos: el leon español defiende palmo á palmo y da gota tras gota toda su sangre por salvar la última piedra del altar que al Dios de los ejércitos erigieran sus mayores; y cuando derrocadas las aras santas, profanados sacrilegamente los vasos sagrados, perseguidos horriblemente y horriblemente asesinados los ministros del santuario, se crea el hijo de la Media Luna más seguro de su triunfo, entónces es cuando debemos contemplarle más cobardemente vencido. La única vida del español es Dios: su riqueza inconquistable é imperecedera es la fe, y la lleva en su corazon. Como la hoz del segador separa en el estío la espiga de la caña que la sostiene, así el alfanje sarraceno segará cabezas á millares de los discípulos del Cristianismo; pero los discípulos del Cristianismo concluirán llenos de gloria por su pátria; nó por esa pátria que los vió nacer y hoy los despide; sí por aquella otra pátria que

los aguarda y los recibe, que los abre sus puertas para franquearles sus regiones eternas, dichosamente conquistadas con la heroica resistencia á los tiranos y la valiente defensa de su fe.

«¡Antes que nada cristianos! gritaron los desventurados españoles al ver precipitarse sobre ellos un ejército de infieles, con la misma violencia que una turba de aves de rapiña se deja caer sobre la presa que pretende devorar. ¡Primero abandonar la vida que abandonar la Religión! ¿Qué sería para nosotros la libertad y la ventura si llevábamos estampada en la frente la mancha de apóstatas á nuestras creencias y de traidores á nuestro Dios? ¿Qué pretenden los que nos oprimen, y qué quieren saber de nosotros?» *Parati sumus mori.* «Aparejados estamos para morir antes que violar las leyes de nuestro Dios y de nuestra patria.» Juremos su defensa, y la juraron; si no podemos luchar como valientes, al ménos sepamos morir como buenos; y murieron.

España, toda fe y con más denuedo y esperanza que la valiente Macabea, entregó á sus enemigos, nó un hijo y una provincia, y ahora el uno y despues el otro, sinó todos sus hijos y todas sus provincias, y todos á un tiempo, exhortándolos con valor y con amor á morir por el Autor de todo lo criado, en cuyo divino corazón habian de encontrar algun dia el espíritu y la existencia. La sangre de las víctimas salpicó en el rostro á los verdugos, y sus ojos encendidos como los de una hiena con la rabia y la sed de la venganza, no vieron que el castellano, si era mortal, era invencible cuando combatia en defensa de su fe.

Detallar en este lugar toda la época de la dominacion árabe sería imprudente é inoportuno; haceros sufrir con la consideracion el despótico yugo del musulman que nuestros compatriotas sufrieron con una constancia á toda prueba, sería insoportable: clasificar á cada uno de los héroes que en época tan memorable como tenebrosa hizo brotar en este campo de bendicion el sentimiento religioso, raya, señores, en la esfera de lo imposible. Dominaron los árabes el terreno, pero no subyugaron los corazones: enmudecieron las arengas del combate y los cánticos del triunfo, pero nó impusieron silencio á la voluntad: sofocaron los gemidos del dolor oprimiendo á nuestros antepasados con un espantoso cautiverio, pero nó pudieron ahogar aquella dulcísima esperanza, alimento del que padece y sueño dorado de su nó muy lejana redencion.

Y efectivamente, católicos. Pero ¿en qué fundaban los cautivos cristianos esas consoladoras esperanzas? Fundábanlas en su mismo padecer. Ved, si nó, aquel hombre encanecido en el calabozo y fuertemente amarrado á un cepo de hierro; sin padre, porque el

que le engendró murió empalado y deshecho en horrorosa tortura; sin madre, porque la que le concibió dobló la cerviz á la segur damasquina, ántes que ser infiel al tálamo conyugal; sin hijos, porque exalaron el último aliento entre el fuego que los consumia y los garfios que los desollaban; sin hijas, porque entregaron su espíritu al Criador en el tormento de los azotes, por conservar ilesas y sin mancha la pureza de su cuerpo y la integridad de su alma: ved aquel hombre estenuado por el hambre, fatigado por el insomnio; sin lágrimas, porque se le concluyeron en fuerza de tanto llorar; sin palabras, porque preside en sus labios el silencio del sepulcro; y sin suspiros, porque lo único que le falta es espirar: pues ese cautivo cristiano es la representacion más viva y más enérgica de todo el pueblo español, de todos los cautivos cristianos, de cuyos ojos se ha extinguido la lumbre por la oscuridad profunda que les rodea, pero que cifran, como dije ántes, sus más halagüeñas esperanzas en su más insufrible padecer.

Padecen por Dios: no tienen lengua para publicar su fe, ni fuerza física para defenderla, pero tienen corazón para conservarla; y entre las opacas tinieblas que les circundan como que divisan una estrella que anuncia el día y la prosperidad; en medio del proceloso y revuelto mar de sus calamidades é infortunios, tropiezan con un ánora que asegura su salvacion; huérfanos y desamparados, sin libertad y sin nombre, creen y esperan y se regocijan con el patrocinio de una Madre que es consuelo de los afligidos y refugio de los atribulados; que es libertad para el oprimido, y cuyo nombre es todo solaz y amor para el acongojado; el nombre de Maria nos hace contemplar con entusiasmo á la co-redentora del pueblo cristiano; el nombre de Maria de las Mercedes nos indica, religiosos archicofrades, á la Redentora del pueblo español. Veámoslo.

No era indiferente en los cielos la vida de afrenta y de ignominia que los cautivos cristianos arrastraran sobre la tierra. La sangre de los inocentes humeaba todavía, y sus rojos vapores subian á pedir venganza, deteniéndose en los umbrales de la bóveda celestial; las plegarias de los buenos dejábanse oír sin interrupcion, y tan humildes como entrañables, besaban las plantas del Eterno, sostenidas por la fe é inflamadas por la caridad: la sangre de los inocentes penetraba en los alcázares de la gloria, y las oraciones de los buenos ponian en conmocion los paternales sentimientos del Redentor del universo. Llegó la hora de la recompensa; el clarín

de alarma que retumbara muchos años hácia entre las breñas de Covadonga, no hizo más que anunciar el triunfo de la Religión y la derrota de la impiedad. Pero ¿y los mártires que van á sucumbir á los desesperados sacudimientos del imperio musulmán agonizante? ¿Y los pobrecitos prisioneros que, no cabiendo en las cárceles de su patria, han sido sepultados en los lúgubres calabozos de Berbería? ¿Quién los desata sus ligaduras? ¿Quién los desvia del sepulcro? ¿Quién los arranca de los brazos de la muerte...? Escuchad.

El pueblo judío oye cubierto de luto y de consternación el decreto de su exterminio, firmado y sellado por el monarca Asuero: la fe de los hebreos háceles más soportable la muerte que la pérdida de sus creencias, y el ayuno y el cilicio son las únicas armas con que se disponen á conjurar la deshecha borrasca que les amenaza: en Dios tienen su tesoro y en Dios colocan su corazón. Una mujer, entre tanto, sobre cuyas nevadas siénes descansa la diadema del imperio, y de cuyos hombros pende la recamada y exquisita púrpura del poder, detiéndose con nobleza y sumisión en presencia del soberano, y todo el esplendor de la majestad de este refleja sobre la candorosa frente de aquella, como los rayos del sol reflejan sobre la luna, haciéndola partícipe de su luz y de su hermosura. Esther está segura de alcanzar la mitad de los dominios de Asuero, porque ha encontrado gracia delante de su señor; pero no quiere más que la libertad de un pueblo que la idolatra, porque la pertenece: «porqué ¿cómo podré yo, dice, soportar la muerte y la esclavitud de mis hermanos y de mis hijos?» *¿Quomodo enim potero sustinere necem et interfectionem populi mei?* El árbitro de la Persia tendió entonces el brazo y tocó con la punta de su cetro en el hombro inclinado de la esposa, en señal de misericordia; descendió del sólio para trasmitirla con su anillo toda la plenitud de su autoridad; y aquella mujer magnánima voló á comunicar al virtuoso Mardoqueo la buena nueva de la redención de su pueblo. *Redemptionem misit populo suo.*

En este bellissimo pasaje, Esther es la figura más elegante de Maria de las Mercedes; y en la fundación del Orden militar que se gloria con su nombre, Maria es la encantadora realidad de Esther. Cuando un hombre como Pedro Nolasco liquida sus ojos en dos fuentes de lágrimas, derrite su corazón en el incendio de la caridad, como se derrite la cera junto al fuego, y revuelve é investiga en su mente los medios de salvar de la tiranía y de la opresión á los hijos de la co-redentora del mundo, cautivos por la defensa de su fe, Maria Santísima ante cuya belleza, despues de Dios, toda

belleza encuentra mancha, y ante cuya santidad es imperfecta toda perfección, sostenida sobre las alas de los querubines, inclinada su cabeza como el capullo de una flor, coronada su frente y engalanados sus hombros con las estrellas de sus prerogativas y la púrpura de sus virtudes, solicita del divino Asuero cuanto puede una hija solicitar de su padre, cuanto puede una madre merecer de su hijo, cuanto puede una esposa prometerse del que la amó desde la eternidad; y alcanza Maria cuanto puede alcanzar para sus hijos esclavos una Madre de misericordia. «¿Cómo podré yo sufrir por más tiempo la desventura y la muerte de los hijos de mi cariño, y dónde buscarán ellos la aurora que disipe sus tinieblas, si no les franqueo los tesoros de mi alma, que es el depósito de todas las mercedes?» Dijo la Señora, y los espíritus celestiales y las legiones de los bienaventurados quedaron en estática suspensión, como si les faltara por algunos instantes el iman de sus amores y el blanco de su embeleso.

¿Y qué extraño, señores? Maria derramaba en aquel momento sus dulcísimas influencias en el solitario albergue del primero de los mercenarios; y multiplicando su presencia tan pródiga como multiplicaba su amor, visitaba al mismo tiempo al venerable sacerdote Raimundo de Peñafort, y al terror de las lunas africanas el católico Rey D. Jaime I de Aragón. En una noche dió á luz Maria en el establo de Belén el Libertador de las criaturas, y en otra noche, la Emperatriz augusta de los cielos instituye el Orden militar de la Merced, redención de los cautivos cristianos. Regójese en hora buena el pueblo predilecto de Maria; respiren los oprimidos, y tiemblen los opresores. Una nueva institución crece y se extiende el día 10 de agosto de 1218, ora como manantial pacífico, luego como arroyuelo manso, y más tarde como caudaloso río que sonríe con su rápido curso á la imaginación y rejuvenece con sus aguas á toda la mustia naturaleza. Institución grande, cuyos individuos no tienen otro nombre que el de Maria, otros blasones que la Cruz, ni más ambición que destronar un reinado de impiedad y de violencia para entronizar el felicísimo reinado de la paz.

Al guerrero y al conquistador ha reemplazado el humilde y austero fraile mercenario; á la lanza y á la espada han sucedido, pero con éxito más favorable, la abnegación, el desprendimiento y la limosna. Maria tiene en cada pecho un trono, en cada alma un templo, en cada corazón un héroe; y por Maria vuelan incansables los seguidores de Nolasco para hacerse espectáculo asombroso al mundo, á los Angeles y á los hombres; mártires por la

Religion y por la caridad, se apresuran á anunciar la misericordia del Señor y á sacrificar su vida por la vida y por el alma de sus amigos; el fuego del amor divino predomina en sus corazones, y á la invocacion del nombre de Maria de las Mercedes dispónense á vencer y vencen efectivamente obstáculos que parecian insuperables. El Hijo de Maria redime al mundo todo, vertiendo por cada uno de nosotros hasta la última gota de su sangre; la Madre de Jesucristo redime á los cristianos, agotando por cada uno de aquellos hasta el último quilate de su afecto maternal. Maravilla del amor de Jesucristo es la ruina del imperio de Satanás y el nacimiento de la Iglesia; y maravilla del amor de Maria Santísima es el origen del Orden de la Merced y redencion de los cautivos cristianos.

La luz de la gracia esclarece las mazmorras: la voz del misionero resuena en las hediondas bóvedas de los calabozos: el mercenario desampara su celda, recorre las cárceles, descendiendo á los subterráneos; y cuando los esclavos le tienden los brazos, para encomendar el espíritu al Eterno Padre, reclinados sobre su corazón, Maria de las Mercedes hace suceder á la muerte la vida, á la melancolía el regocijo, y al tédio y á la desesperacion el valor, la dulzura y la esperanza. Una pequeña nave abandona las playas españolas, surca entre zozobras y averías los encrespados mares, y arriba á las regiones africanas; en ella vá Maria de las Mercedes: sus hijos, cruzando las calles y las plazas, llamando de puerta en puerta y mendigando por su nombre y por su amor, han atesorado cuantiosas sumas de dinero para rescatar á los cristianos; la navicilla es la depositaria de las limosnas; pero aún valen más los tesoros espirituales que encierra: aquella tripulacion apostólica, dispuesta á comprar la vida de sus hermanos con el oro y con su sangre, ansía con más vehemencia el término de su navegacion, por separar del eterno precipicio á los que, acobardados con el aspecto formidable de la muerte, iban á declinar en una vergonzosa apostasia: pero llamaron á Maria en medio de los suplicios más acerbos, y Maria, que es toda mercedes y misericordia, descendió impelida por los vuelos de su amor á oír los lastimeros quejidos de los esclavos: *Ut audiret gemitus compeditorum*. Nuestros son el alborozo y la alegría, porque nuestra es la victoria: nuestra es la libertad, porque también es nuestra, y lo será hasta la consumacion de los siglos, la inmaculada y purísima fundadora del Orden de la Merced.

Se encenderán hogueras, se levantarán cadalsos, se forjarán esposas y cadenas, se inventarán tormentos y maquinarán atroci-

dades, y la cuchilla del verdugo, retumbando sobre el cuello de los hijos de la Merced, despojará gloriosamente de la existencia á los Pascasios, á los Armengoles y Serapios, y á millares de ínclitos individuos, lumbreras de la Religion y ornamento de la Iglesia; pero ellos darán honorífico testimonio de que el pueblo español, como hijo de Maria, sufrió en la desolacion y el cautiverio desde el martirio más inaudito hasta la muerte más espantosa, solo por la defensa de su fe; y que Maria Santísima, Madre de misericordia, dispensó una prueba más del entrañable amor con que nos distingue, constituyéndose en la institucion y título halagüeño de las Mercedes, Redentora del pueblo español. *Redemptionem misit populo suo.*

Te saludamos para concluir, Emperatriz de los Angeles y de los hombres; más pura que Susana, más hermosa que Raquel, más valerosa que Judith; te reconocemos como la alegría de los cielos, la esperanza de la tierra, el terror y confusion de los infernos, adoramos en Ti á la Hija del Eterno Padre, á la Madre del Eterno Hijo á la felicísima é inseparable compañera del Eterno Espíritu Santo; recreo de la Beatísima Trinidad; gala de la Religion y puerto de seguridad de la Iglesia de Jesucristo. Te confesamos á la faz del universo Madre del Dios vivo, Madre de todos los cristianos, abismo de piedad y Redentora de los cautivos españoles. Bendícenos, Virgen Santísima de las Mercedes, alcanzando para nosotros y derramando en nuestras almas y nuestros corazones los inefables tesoros de la gracia: desde el estrellado sólio donde asientas, ¡oh Reina de las vírgenes! oye amorosa las súplicas de tus siervos, y ofrécelas, como aromático incienso, en la presencia del Señor; merezcan en este dia tu acogida favorable las oraciones de este coro de vírgenes mercenarias, esposas del Cordero inmaculado, y las de tu Real y primitiva Archicofradía. Vuelve á nosotros esos [tus ojos misericordiosos, vida, dulzura y esperanza nuestra; vida de nuestra ferviente devocion; dulzura en nuestros amargos desconsuelos y esperanza de eterna salvacion que, mediante la práctica de la virtud y los auxilios de la gracia, nos proponemos obtener por tu intercesion, y confiamos disfrutar en tu amabilísima compañía por los siglos de los siglos. Así sea.

